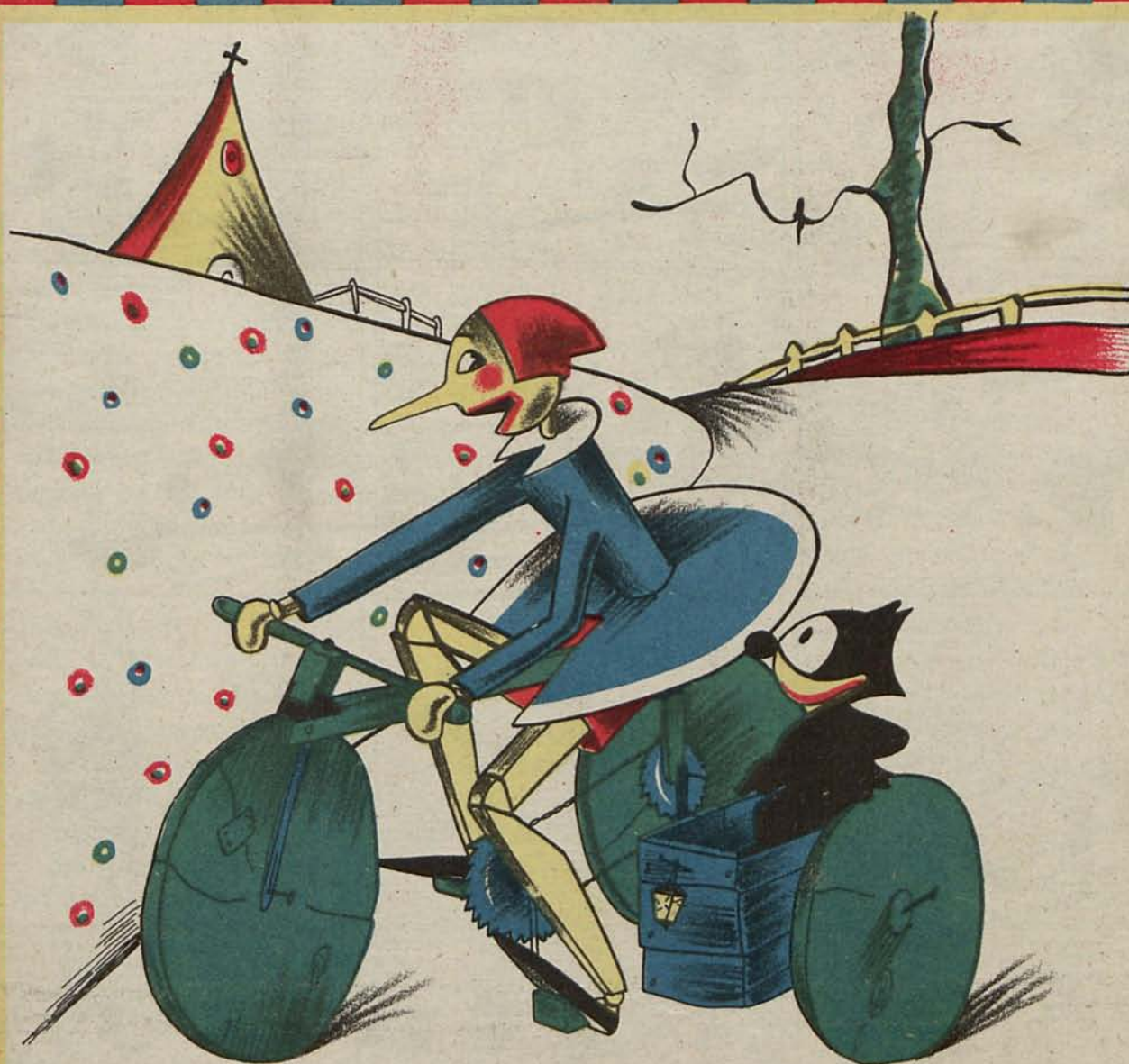


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 211

25 cts

3 MARZO
1929



- DICEN QUE ME HE COMIDO. UNA GALLINA NEGRA DEL TIO LUCAS
- ¿Y NO ES VERDAD?
- ES FALSO, ADEMÁS NO ERA NEGRA QUE ERA BLANCA

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y S. M. BARBIERI

CAPÍTULO I

La media carta

Tras de una buena comida que consumí, so-

litario, en un ángulo del salón del restaurante, estaba yo paladeando el café caliente y aromático y alternaba los sorbos con amplias bocanadas de humo que voluptuosamente extraía de un cigarro incomparable.

A través de la luna de la fachada divertíame ver las vastas aceras del Boulevard de los Italianos repoblarse poco a poco con la varia, elegante, y característica muchedumbre que después de la hora de comer se desparrama, vivaz y rumorosa, por las principales arterias de París, animándolas hasta hora avanzada con su pintoresco ir y venir. Los gabanes, los trajes de etiqueta, los uniformes, los chales, las faldas de seda, las chisteras, las lentejuelas y las plumas ondeando sobre las más inverosímiles construcciones, que se creerían debidas no al arte de una modista sino a los cálculos de un ingeniero, se mezclaban y renovaban de continuo, cada vez más numerosos y agitados, dando la imagen de un colosal kaleidoscopio destinado a producir el incentivo del vértigo a un gigante hipocondríaco. Y en medio de aquella riada humana, los automóviles, las berlinas, los coches de punto, en movimiento y trompeteando todos en los tonos más desapacibles, o bien, parados y en espera, representaban magníficamente aquella escena de vida intensa y febril que daba al Boulevard el aspecto de una modernísima redoma encantada. Por todas partes, entre tanto, en los cafés, los restaurantes, las aceras, los carruajes, no se hablaba ni se discutía, con la animación y el interés que el asunto merece, sino de un argumento de capital importancia

para el que vive en París: el mejor modo de pasar la noche.

Mientras yo, aspirando las últimas bocanadas de mi habano, observaba sin curiosidad pero con agrado siempre, aquel caos en movimiento, ví a un joven apearse rápidamente del taxi-auto que se detenía entonces delante del café Pousset donde yo estaba digiriendo tranquilamente la comida, entrar en el gran salón del establecimiento y pasear en torno la mirada con evidente agitación como buscando a alguno. Le reconozco y le llamo:

—¡Enrique, Enrique! Por aquí.

—¡Ah; estás ahí! Precisamente venía a buscarte.

—Lo he presumido al momento. Pero ¿quién te ha dicho que aquí me encontrarías?

—José, el camarero del café de Madrid.

—Hay novedades, ¿sabes?—le dije de pronto.

—Se ha encontrado al culpable de las malversaciones cometidas en el Ministerio de Estado.

—¡Qué Estado ni qué niño muerto! Otra cosa tengo en la cabeza. Se trata de algo bastante más grave y mucho más interesante...

—Entonces, no perdamos tiempo. Vamos a la Central y telefonearemos inmediatamente la noticia a nuestros periódicos.— Y me levanté.

—No, no; siéntate. En nada afecta esto a los periódicos. Se trata de mí, sólo de mí; y te he buscado a escape porque te creo el único amigo a quien pueda acudir confiado en demanda de consejo y ayuda en esta circunstancia extraordinaria.—Hablaba a borbotones, con voz conmovida.

—¡Hombre! Bien lo sabes. Siéntate y habla. Te escucho.

—Si, fijate bien. Toda la noche última tuve que pasármela una vez más en la imprenta. El vicedirector que va a sucederme no es persona demasiado despejada ni inteligente, por lo que

a mí al menos se me alcanza; pruébalo el hecho de que aun no ha conseguido comprender bien cómo funciona nuestro periódico; así es que tengo que enseñarle prácticamente los principales cometidos del puesto a que le promueven.

En fin, ya veremos cómo se desenreda. Eran las siete; salía ya la segunda edición, y yo me volvía a casa, fatigado y con sueño, para descansar un poco, cuando la portera sube corriendo detrás de mí unos cuantos escalones y me comunica que poco después de las doce un dependiente del Hospital de San Antonio había venido a buscarme con urgencia, y, al no encontrarme, había dejado un escrito. El capellán del Hospital, en pocas y frías palabras, me avisaba que una persona en trance de morir deseaba hablarme y me pedía que inmediatamente pasara por el Hospital. Asombrado, pero pensando todavía que no se trataba sino de cosas pertinentes a nuestra profesión, volví a bajar, salté a un pesetero y me hice conducir a la calle de Chaligny. El capellán me recibió en seguida y, con aire contrito, que no sé por qué me dió a temer algo, hizome saber que el agonizante había expirado durante la noche; y agregó algunas atropelladas palabras de consuelo. Condujéronme, a través de pasillos interminables e inmensas salas encaladas, a una pequeña estancia en la que, sobre una mesa de mármol, estaba extendido el cadáver hasta que le hiciesen la autopsia. Sin precisar de dónde proviniera la turbación que me sobrecogía desde minutos antes, me daba yo cuenta de que el muerto, cuyo semblante amarillento iba a observar, no era para mí extraño; sin embargo—el egoísmo de la propia tranquilidad es el fondo bastante más imperioso que cualquier otro sentimiento—sentí que el corazón se me ensanchaba cuando hube comprobado que el difunto me era absolutamente desconocido. Parecía un obrero, de unos cuarenta años, flaco, con largas barbas negras...

—...muerto a consecuencia de tres tiros de revólver, dos en el pecho y uno en el brazo izquierdo—dije yo— Ya caigo. El misterioso crimen de esta noche en la calle de Châlons.

—Precisamente. Apenas transportado al Hospital, el herido, al que los médicos juzgaron en el acto en situación desesperada, suplicó me mandasen a buscar; y como yo tardaba en presentarme, mostró ser presa de gran agitación que acaso contribuyó a precipitar su fin. Por último, con pleno conocimiento de su estado y sintiéndose desfallecer, rogó al capellán que hiciera llegar a mí lo antes posible una carta hábilmente escondida entre el forro y la tela de su boina.

—¡Demonio!... ¿Y la carta?

—La carta, o por lo menos una parte de la carta, aquí la tienes.

Y al decir esto, sacó de la cartera una hoja de papel común, muy manoseado y rasgado en algún punto, cubierto en sus dos caras de una letra menuda y elegante, que el mal estado del papel hacía ya poco legible.

—¡Toma, lee!—me dijo Enrique ofreciéndomela.

Yo leí con viva curiosidad y honda emoción lo que transcribo literalmente:

»A D. Enrique D'Alimand.

»Una enfermedad terrible e inexorable, la tisis, no me dejará ya más que algunas semanas de vida, de una vida tan trabajada y tan triste, que su término no puede ser deseado por mí sino como el supremo bien que me libertará no tanto de los dolores físicos como del terrible remordimiento que no he sabido nunca hacer callar.

»Pero un grande, un sacrosanto deber, me queda todavía que cumplir antes que muera. Mi confesión devolverá el honor al que, siendo inocente, expía ajenas culpas; y esta confesión, que yo cobardemente no supe nunca decidirme a hacer mientras la vida parecía aun guardar para mí alguna falaz sonrisa, esta confesión, que estará en manos de usted cuando yo haya muerto, espero pueda llegar aun a tiempo de ser útil a la persona a quien el dolor de una injusta condena y los padecimientos de una larga prisión podrían haber matado ya.

(Continuará en el próximo número)

ANITA BUEN- CORAZON



EL FARO DE DHORIO

POR
E. SAGARDO

(Conclusión)

Las olas que alcanzaban una altura espantosa comenzaban su obra destructora. La cúpula había sido desplazada y también la balaustrada había cedido al asalto infatigable y furioso del oleaje. Sin embargo, aún no estaba estropeada la linterna y llameaba entre las tinieblas avisando el peligro a los pobres navegantes. Juan Miguel lanzó una penetrante mirada sobre el mar. Un buque que parecía de gran tonelaje y a quien la tempestad impulsaba hacia la costa de Portugal, apareció a la luz de un relámpago.

Si la linterna se hubiera apagado no habría podido advertir en medio de tanta oscuridad, la presencia de aquellos temidos escollos y se habría estrellado entre sus rocas.

Miguel, ayudado por su cuñado, alzó las mechas para que la luz fuese más viva y alumbrase más a los navegantes, pero las olas a veces cubrían sus vidrios e interceptaban toda claridad.

Presa de ansiedad fácilmente imaginable, Juan Miguel, sin pensar en su propia existencia, seguía atentamente la maniobra de aquella nave temiendo que se corriese hacia los escollos. En tanto, la muerte le amenazaba por todas partes. Las olas demolían poco a poco la torre arrancando ya una piedra, ya una grapa de hierro. Sólo la linterna que estaba situada en medio resistía aún.

Finalmente vió los dos puntos luminosos de la nave que desaparecían hacia el Sur.

—Enrique—dijo—: el barco ya ha entrado en el Tajo y no corre peligro. Pensemos ahora en salvarnos, si tenemos aun tiempo. Precipitadamente bajaron la escollera para refugiarse en los almacenes.

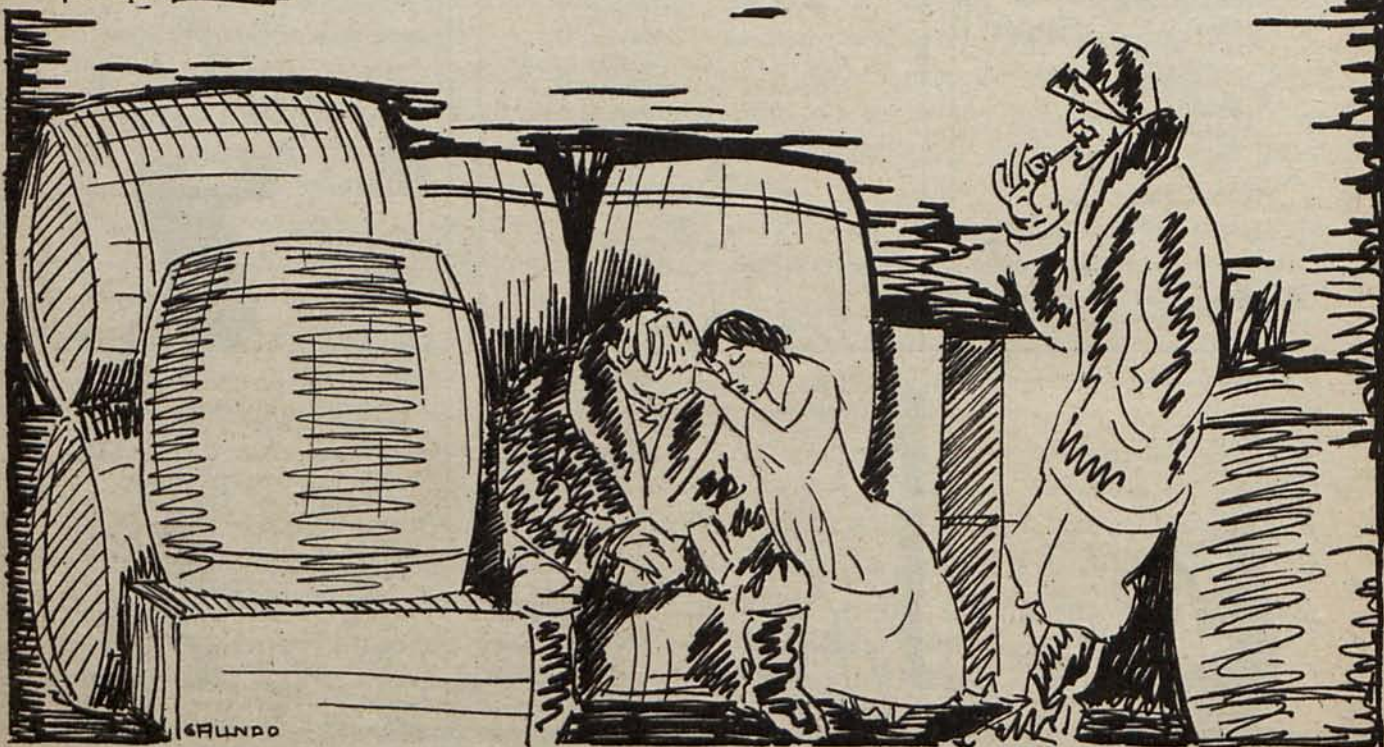
Apenas llegaron allí sonó un estrepitoso ruido. Las paredes de la torre, minadas ya por tanto golpe, habían cedido al embate del mar y toda la parte alta del faro se derrumbó al mar como un castillo de naipes.

Por casualidad los bloques, en vez de caer verticalmente aplasando a Carmen y a los torreros, cayó de un modo oblicuo a causa del empuje gigantesco de las olas y esto les salvó. Todos lanzaron un terrible grito creyendo llegada su última hora, tres gritos que atravesaron el fragor de la tempestad:

—¡Juan!

—¡Carmen!

—¡Enrique!





¿Cómo era posible que se hallasen aun allí incólumes? Ninguno de ellos lo pudo explicar. La torre del faro de Dhoriol se había hecho pedazos precisamente hasta la altura de los almacenes; el mismo sitio donde el ingeniero mandó construir la jaula de hierro para dar mayor resistencia a las paredes.

Probablemente, sin aquella obra de refuerzo Carmen y los torreros hubieran sido lanzados con el resto de la torre sobre los escollos: las olas no obstante seguían golpeando furiosamente los hierros pasando a su través.

Juan Miguel que no había perdido del todo la serenidad se había acantonado con su mujer en un ángulo, rodeándolo de barriles para poder resistir mejor los embates del mar. Enrique les imitó.

Toda la noche estuvieron aquellos desgraciados expuestos al furor del océano. Las olas les pasaban por encima infinidad de veces amenazando ahogarlos y llevándose consigo barriles, comestibles y todo, después de haber sido destrozados contra los hierros de la jaula.

El resto de la torre oponía aún afortunadamente una resistencia increíble, aunque de vez en cuando eran arrancadas piedras, grapas y hierros.

El nuevo día los halló aun reunidos y vivos. Los hierros de la jaula aparecían retorcidos, pero firmes.

El mar se había calmado: pero los torreros y Carmen se hallaban prisioneros porque la escalerilla de hierro del exterior había sido destrozada y no podían bajar a la escollera.

—¡Dios nos ha protegido!—dijo Juan Miguel, cuando vió que rayaba el alba y que el mar se encalmaba.—Confiamos en que algún barco venga a sacarnos de esta situación.

Y la situación, por cierto, no era muy alegre para aquellos desgraciados que habían perdido todos los víveres y que podían ser víctimas del hambre. Las olas habían barrido todas las cajas y en el almacén no quedaba ni un trozo de pan ni un sorbo de agua.

Afortunadamente, algunos pescadores de la costa, viendo que la parte alta de la torre del faro que había en la punta de la escollera había desaparecido y temiendo hubiese ocurrido alguna desgracia dieron en seguida aviso a las autoridades de marina.

Antes que se pusiese el sol un torpedero de la marina de guerra, aprovechando un rato de calma en el mar se dirigió hacia el escollo de Dhoriol, para informarse de la suerte que hubiera cabido a los dos torreros y a la valerosa Carmen.

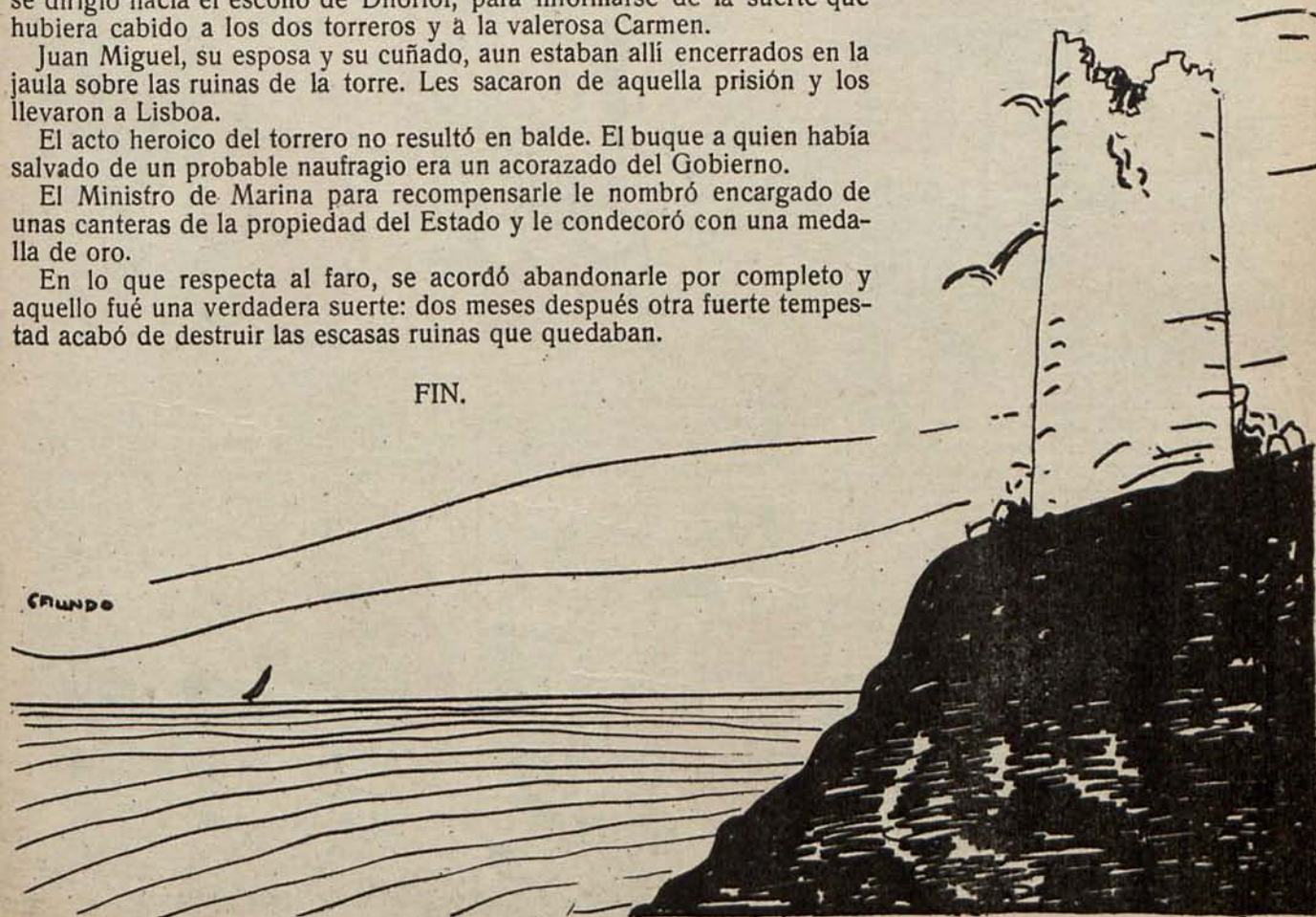
Juan Miguel, su esposa y su cuñado, aun estaban allí encerrados en la jaula sobre las ruinas de la torre. Les sacaron de aquella prisión y los llevaron a Lisboa.

El acto heroico del torrero no resultó en balde. El buque a quien había salvado de un probable naufragio era un acorazado del Gobierno.

El Ministro de Marina para recompensarle le nombró encargado de unas canteras de la propiedad del Estado y le condecoró con una medalla de oro.

En lo que respecta al faro, se acordó abandonarle por completo y aquello fué una verdadera suerte: dos meses después otra fuerte tempestad acabó de destruir las escasas ruinas que quedaban.

FIN.

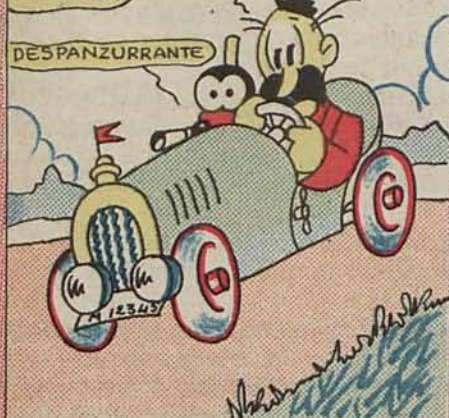




DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



TENGO UN PLAN BOMBA PARA HOY, CURRINCHE. NOS VAMOS A IR AL MESÓN DEL TRUENO A COMER NOS UN PAR DE CORDERITOS A LA PARRILLA ¿QUÉ TE PARECE?



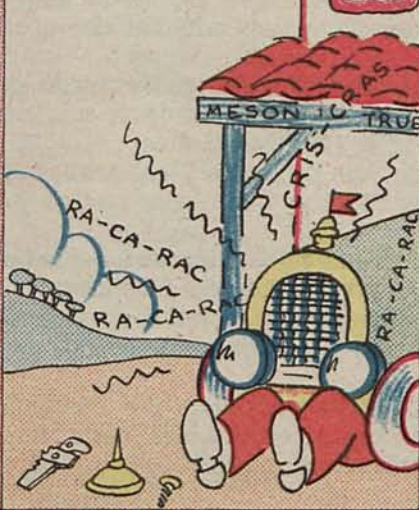
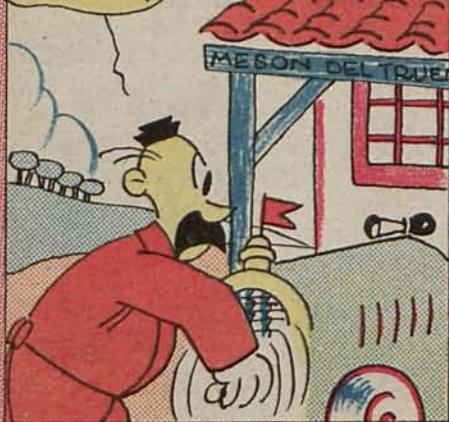
¡EH, MESONERO! ¿QUE NOS PREPAREN DOS CORDEROS, DOS PANES, DOS ACEITUNAS Y DOS BARRILES DE VINO



LLAMA PARA QUE TRAIGAN LA CUENTA QUE YO VOY A PONER EL COCHE EN MARCHA Y EN SEGUIDA VUELVO



¿QUÉ LE PASARÁ A ESTE CACHARRITO, QUE NO ARRANCA?



¡NADA! ¡CUANDO AL COCHECITO SE LE METE EN LA CABEZA NO ANDAR, NO HAY QUIEN LE HAGA DAR UN PASO



¡PUES SI TE CREES QUE TE VOY A COBER EN BRAZOS COMO UNA NIÑERA Y QUE TE VOY A LLEVAR A CASA, ESTÁS FRESCO!



¡TOMA! ¡POR MELÓN! ¡POR BORRICO Y POR TERCO! Y AHORA VAS Y SE LO CUENTAS A TU TIA



¡PERO QUE ESTÁ USTED HACIENDO! ¡SI NUESTRO COCHE ES ESTE!





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

EL PERRO Y EL GORRIÓN

Castillo

CONOCI un perro que tenía un amo tan malo, que no le daba de comer. En cambio le obligaba a que todo el día fuera detrás de los carros guardando las mercancías para que los rateros no las quitaran, y por la noche le hacía rondar sin descanso toda la casa, con lo que más de una vez se evitó desagradables sorpresas que los señores ladrones le habían preparado.

Todos estos importantes servicios pasaban inadvertidos para el amo, que, como tenía un corazón muy duro, no podía sentir el agradecimiento, así que, cuando el pobre perro no pudo aguantar más, se marchó muy triste de su casa.

Anduvo largo rato buscando un nuevo y más agradable albergue, pero en todas partes le echaban, porque le veían extenuado y sucio.

Viendo que en aquel pueblo todos se parecían en sentimientos a su amo, tomó el camino de la ciudad, donde él había visto perros muy limpios y lucidos, sin duda porque los amos de allí tenían mejor corazón.

En una de las calles de la ciudad encontró a un gorrión muy listo, como todos los gorriones, que dijo:

—Perrito, ¿por qué estás triste?

Y el perro le contestó:

—Porque tengo hambre y no tengo qué comer, amigo gorrión.

Entonces dijo el gorrión:

—Querido hermano, ven a la ciudad y te hartaré de comida.

Fueron juntos a la ciudad, y al llegar delante de una carnicería, dijo el gorrión al perro:

—Párate aquí y te echaré un pedazo de carne.

Miró en torno suyo para ver si alguien los observaba, y, picando un pedazo de carne que estaba en el mostrador, hizo que cayera al suelo. El perro cogió la carne, se fue a una esquina, y se la comió.

El gorrión le dijo:

—Ven a otra tienda y te bajaré otro pedazo para que te hartes.

En cuanto el perro se hubo comido también el segundo pedazo, preguntó el gorrión:

—Hermano perro, ¿estás satisfecho?

—¡Caramba si lo estoy! —contestó el perro—, pero, chico, yo no sé comer nada sin pan, y me vendría muy bien tropezar con unos cuantos coscurros que acompañaran a la carne,

porque sino, sola en el estómago se va aburrir.

—También tendrás pan—le dijo el gorrión—; ven conmigo.

Lo llevó a una tahona, picó unos cuantos panes hasta que rodaron al suelo; y, como el perro tenía hambre atrasada, lo llevó a otra tahona y le bajó otros dos panes.

—Hermano perro, ¿estás harto ya?

—Si —contestó—; y para hacer la digestión conviene que salgamos un ratito por ahí a estirar las piernas.

Salieron entonces ambos a la carretera. El tiempo era muy hermoso, y, después de haber andado un rato, dijo el perro:

—Estoy cansado y quisiera dormir.

—Sí, duerme —contestó el gorrión—; entre tanto me sentaré en una rama y velaré tu sueño.

El perro se echó en el camino y se durmió profundamente. Mientras estuvo dormido, llegó un carretero que llevaba un carro con tres caballos, cargado con dos cubas de vino.

El gorrión vio que el carretero seguía por el camino donde estaba el perro; entonces gritó al carretero:

—¡Carretero, no pases por ahí, o te hago pobre!

El carretero, sin hacer caso, alzó el látigo e hizo pasar el carro por encima del perro, que fue destrozado por las ruedas.

Entonces exclamó el gorrión:

—¡Has matado a mi hermano perro! Lo que acabas de hacer te costará el carro y los caballos.

—¡El carro y los caballos! —dijo el carretero— ¿Qué daño me podrás hacer tú?

Y siguió su camino cantando alegremente, sin preocuparse para nada ni de lo que había hecho con el perro ni de lo que el gorrión le había dicho.

Entonces, por debajo de la manta, el gorrión picó en el tapón de una de las cubas hasta que lo sacó, y se salió todo el vino sin que el carretero lo notara.

Al volver la cabeza, vio que el carro goteaba; examinó las cubas y encontró que una estaba vacía.

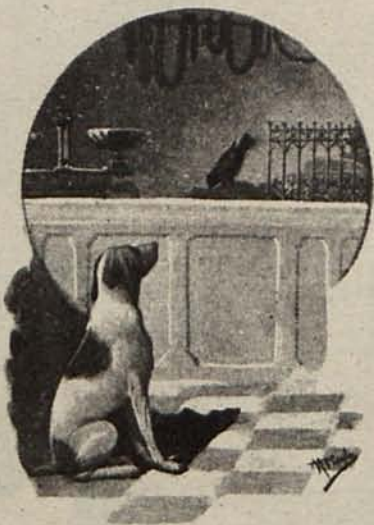
—¡Pobre de mí! —exclamó.

—Aun no eres bastante pobre —dijo el gorrión.

Y voló a la cabeza de uno de los caballos y le sacó los ojos.

Al ver esto el carretero, sacó un hacha y la levantó contra el gorrión; pero éste voló y el carretero dió a su caballo en la cabeza un fuerte golpe; el caballo cayó muerto al suelo.

—¡Pobre de mí! —exclamó.





—Aun no eres bastante pobre — dijo el gorrión.

Y cuando el carretero siguió con el segundo caballo, el gorrión se introdujo de nuevo debajo de la manta y picó el tapón de la segunda cuba, de manera que se salió todo el vino.

El carretero, cuando lo notó, exclamó otra vez:

—¡Ay, pobre de mí!

—Aun no eres bastante pobre.

Y, posándose sobre la cabeza del segundo caballo, le sacó los ojos.

El carretero acudió corriendo, y levantó su hacha contra el gorrión; pero éste voló y el golpe hirió al caballo, que quedó muerto.

—¡Ay, pobre de mí!

—Aun no eres bastante pobre — dijo el gorrión.

Y, parándose en la cabeza del tercer caballo, le picó en los ojos.

Rabioso el carretero, levantó de nuevo el hacha contra el gorrión, y, sin mirar a donde, dió un golpe, que, en vez de tocar al gorrión, mató al tercer caballo.

—¡Ay, pobre de mí!—exclamó.

Aun no eres bastante pobre—contestó el gorrión—; ahora te haré pobre en tu casa.

Y se fué volando.

El carretero tuvo que dejar el carro y se fué a su casa rabiando y prometiendo matar al gorrión con una trampa.

—¡Ay! —dijo a su mujer— ¡Cuanta desgracia! El vino se ha salido todo, y los tres caballos han muerto.

—¡Ay, marido! —contestó ella— ¡Si vieras que mal pájaro ha venido a nuestra casa! Ha reunido miles de pájaros que han atacado arriba nuestro trigo y se lo han comido todo.

El carretero subió al granero y vió miles y miles de pájaros que se habían comido el trigo, y en medio de ellos estaba sentado el gorrión.

Entonces exclamó el carretero:

—¡Ay, pobre de mí!

—Aun no eres bastante pobre —contestó el gorrión—; carretero, todavía te costará la vida.

Ya había perdido el carretero toda su fortuna; bajó y se sentó detrás de la estufa, rabiando y desesperado.

Y el gorrión, sentado en la ventana, desde fuera gritó:

—¡Carretero, te costará la vida!

Entonces el carretero, agarrando el hacha, la tiró al gorrión; pero sólo logró romper los cristales

y no alcanzó al pájaro.

Este entró por la ventana rota, y, sentándose sobre la estufa, gritó:

—¡Carretero te costará la vida!

El carretero, fuera de sí y ciego de rabia, rompió la estufa y todos los muebles de la casa, espejos, bancos, mesa, y, finalmente, rompió las paredes de su casa, errando siempre el golpe.

Por fin atrapó al pájaro con la mano.

Entonces dijo su mujer:

—¿Lo mato?

—¡No! —gritó— Eso sería poco castigo; sufrirá una muerte mucho más cruel; me lo tragaré.

Y, agarrándolo, se lo tragó de una vez.

Pero el gorrión empezó a voltear en el cuerpo del hombre, y se le subió otra vez a la boca, y sacando la cabeza, exclamó:

—¡Carretero, te costará la vida.

Y durante muchos días tuvo que aguantar los tormentos que le proporcionaba el pájaro cuando le picaba en el estómago, y la cantinela constante de «carretero, te costará la vida», con que le obsequiaba.

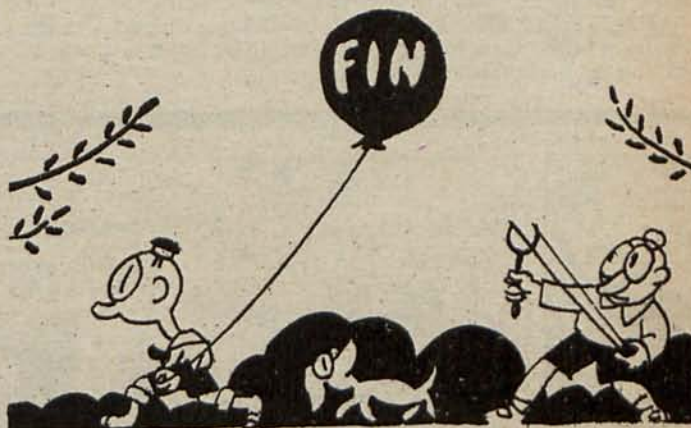
Aburrido de tanto sufrir y desesperado por no poder destruir aquel animalejo que constantemente le recordaba una mala acción y le amenazaba con el castigo, cogió un hacha, y, entregándosela a su mujer, le dijo:

—Mujer, mata al pájaro que tengo en la boca.

La mujer dió un golpe; pero, en vez de dar al pájaro, dió sobre la cabeza del carretero, que cayó muerto.

Y el gorrión, echando a volar, se escapó.

Moraleja. — No hay enemigo pequeño, ni se debe ofender a los humildes.



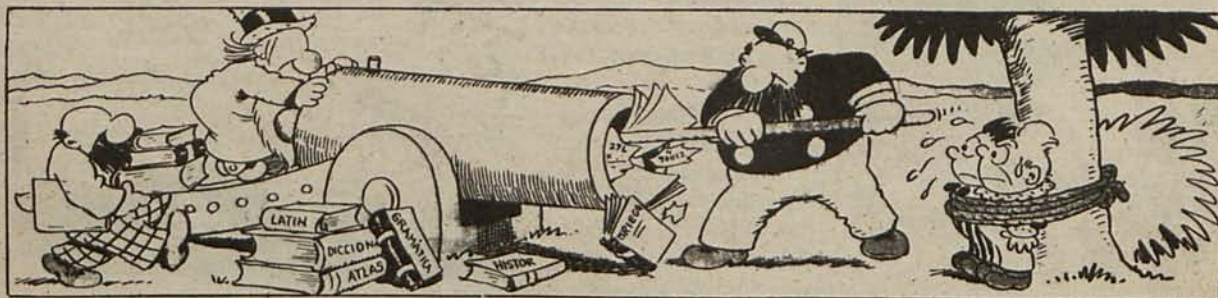


¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días querido Chononcito.
—Muy buenos, amigo buho. Ya sé que vas a preguntarme que de qué vamos a hablar hoy.
—Naturalmente.
—Ya ves como, adivino tu pensamiento. Tú en cambio no adivinas el mío. No sabes el tema que traigo en cartera para que dediquemos a él nuestra charla.
—No soy adivino, Chonón. Son muchísimas las cosas que puedes preguntarme. Incontables. Pero sea la que fuere tu pregunta, ten por seguro que quedará debidamente contestada.
—No lo dudo. Ya sé hasta donde llega tu sabiduría. Hasta más allá del infinito. Y puesto que eres tan sabio ¿quieres decirme si es cierto que respiran las plantas?
—Ciertísimo. Y gracias a esta respiración de las plantas podemos vivir nosotros. Si no fuera por las plantas, el mundo sería una cosa sin vida.
—¿No exageras, querido buho?
—Ni tanto así; nosotros necesitamos respirar para vivir. Y necesitamos respirar oxígeno y el oxígeno lo elaboran las plantas.
—Cuéntame, cuéntame, que ya veo que mi pregunta tiene más trascendencia de lo que yo suponía. Te la he hecho sólo por satisfacer la curiosidad que me despertaba el saber si una planta respiraba, o no, pero nunca imaginé que esta respiración de las plantas fuese una función tan indispensable a nuestra vida.
—Ahora bien, es preciso que comprendas que las plantas no respiran como respiramos nosotros.
—Hombre, eso ya me lo figuro. Las plantas no tienen pulmones, como nosotros. Me supongo que respirarán de otro modo muy distinto.
—Las plantas tienen otros órganos que sin ser pulmones hacen una función muy semejante a éstos. No precisan tampoco efectuar movimiento alguno para respirar. Ni respirar tan de prisa como nosotros lo hacemos. En todo el Universo hay flotando en el ambiente una substancia llamada oxígeno que es lo que da vida al hombre, a los animales y a las plantas.
—¿En el agua también hay oxígeno?
—También lo hay. Gracias a él tienen vida los peces y las plantas marinas.
—Dime, pues, cómo respiran las plantas.
—Si coges un cristal de aumento y miras con él la superficie de la hoja de cualquier vegetal, verás que se distinguen unas celdillas muy pequeñas, redondas u ovaladas y llenas de un líquido verdoso que es el que da coloración a la hoja.
—Ya sé qué líquido es ese. Algunas veces he partido una hoja y se me han manchado los dedos con él. Es como si fuese la sangre de la planta.
—Pues bien, esas celdillas diminutas se llaman «estomas» y no son sino órganos equivalentes a los pulmones de los seres del reino animal. Por esas celdillas aspiran las plantas el aire y de él extraen su alimento.
—Hay que suponer entonces que una planta colocada en un sitio donde no hubiese aire moriría asfixiada.
—Desde luego. Del mismo modo moriría que un perro, o un caballo, o un hombre. Privando totalmente de aire a una planta cualquiera, moriría irremisiblemente.

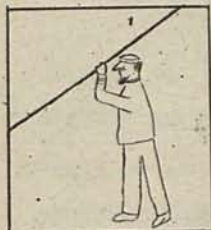
—Es una prueba indudable de que las plantas respiran.
—Ahora bien; nosotros ya sabes que respiramos oxígeno y espiramos ácido carbónico.
—¿Qué es el ácido carbónico?
—Un gas que se compone de oxígeno y carbono. Este último es muy venenoso para nosotros si lo aspiramos en gran cantidad. Es ese gas que se desprende a veces de los braseros y que tantas desgracias causa por descuidos o imprudencias. Las plantas, como anteriormente te he dicho, respiran por las hojas, muy lentamente, y lo indispensablemente necesario para poder vivir. El factor principal de la respiración de las plantas es la luz solar.
—¿Más importante es la luz, que el aire?
—Por lo menos lo es tanto. Los dos elementos son absolutamente necesarios. Gracias a la luz del sol tienen las plantas en esas celdillas, llamadas estomas, un líquido verdoso que es el que por una acción química, separa del aire el ácido carbónico del oxígeno. La planta se queda con el carbono y despidе al aire el oxígeno puro.
—Que es lo que a nosotros nos hace falta para respirar.
—Exacto.
—¿Y por qué dices que la luz del sol les es tan indispensable a las plantas?
—Porque la energía de esta luz es la que crea en las hojas la substancia verde que es el elemento donde se efectúa la separación de los gases. Una planta colocada permanentemente en la oscuridad se marchitaría y moriría lo mismo que si se la privase de aire.
—¡Pobres plantas si se apagase el sol!
—Es que si el sol se extinguiese se acabaría toda la vida que hay sobre la tierra. Sin la luz y el calor del sol no estaríamos en el mundo.
—Las hojas de las plantas son, entonces, tan anchas para mejor absorber los beneficios de esa luz y de ese calor, ¿no es eso?
—Exacto, amigo Chonón. Las hojas son los instrumentos que la planta utiliza para crear en ellas la substancia verde y para respirar, por lo tanto. Por eso tienen esa forma especial tan apropiada a su uso. Son planas y delgadas. Si fuesen redondas, como bolas, no recibirían tanto sol, y la respiración sería defectuosa. La delgadez de las hojas permite que la luz solar atraviese sus débiles tejidos y llegue hasta la cara opuesta. Si las hojas de las plantas fuesen excesivamente gruesas, la parte de abajo, la que no podría recibir directamente la acción de los rayos del sol, estaría seca, porque no se podría elaborar en ella la substancia verde que da a las hojas ese aspecto de jugosa frescura. De todas formas, y aun cuando las hojas sean delgadas, notarás una gran diferencia entre el calor de la parte superior y el de la inferior. El de la superficie de arriba, la que da cara al sol, es verde oscuro, mientras que la parte inferior es descolorida. Esto demuestra que la substancia verde no sirve para nada sino la da el sol.
—¡Qué hermoso es el sol! ¿Verdad buho?
—Tan hermoso como necesario. Vamos a pasear y lo tomaremos un rato, que hoy luce con toda esplendidez.
—Vamos allá.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un marino.
EMILIO ARJA.



Piel de pantera.
Alvarez de Sotomayor.



Mi muñeco.-M.^a
Luisa Cabello.
11 años.



El profesor Guthowsky.
LUIS GABRIEL.



El tío Roque.
C. Somoza.



Castillo.-Luis
Vidal Rivas.



Los sueños de Currinche
JOAQUIN MESTRE



Un niño.
Rosario Losada.



El caballo Malacara.
EMILIO ALFONSO SANZ.



Polito.
F. M. Montoro.



Tin y Ton.
NICOLAS MOYA.



El perro del Pinocho. R. L.



Charlot.-G. HIDALGO.



Un indio.-Eduardo
Talegón.-12 años.



Currinche.-Julio
M. Alvarez.



Don Furú.-J. M.^a
de Delas.



El malvado Chapeta.
M. Barroso.



Mi amiga que tanto
quiero.-M. Morales.
10 años.



Princesita.
LOLITA ARENAS.



Un borracho.
Esteban Gonzalez.



Mi prima Maricuci.
CARMEN GARCIA.



El músico del pueblo.
C. Somoza.

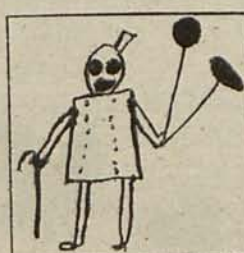


La Pelines bailando.
Julio Cuenca.

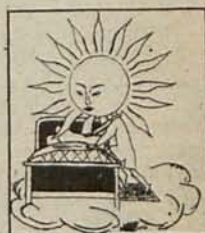


LA ESCOBA ENCANTADA

es uno de los 8 tomos publica-
dos en la preciosa Serie Barbi-
lón de Cuentos de Calleja en
colores.-PRECIO 1 peseta.



Currinche.
BERNARDINO ESPINOSA.



Puesta de Sol.-L. V.



El perro de Xaudaró.
GONZALO PAEZ



D. Panfrito.-Ramiro
Diaz.-10 años.



El capitán bailando el charleston
Juan J. Argudin.-6 años.



Buffalo Bill
Mario Fernández.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA GRANJA MISTERIOSA



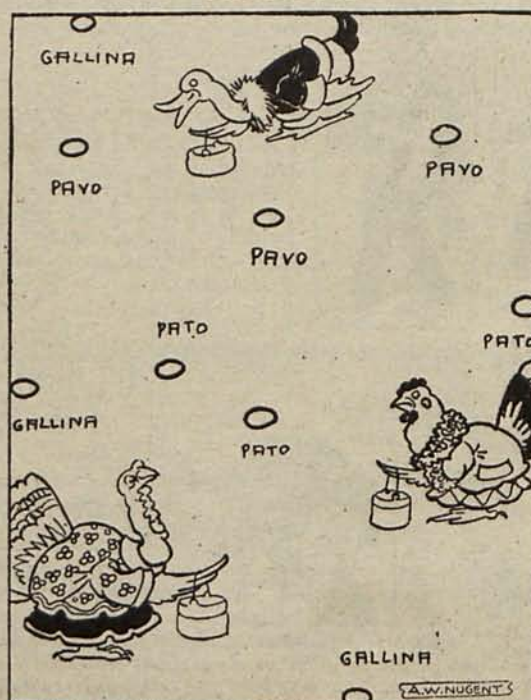
¡Y tan misterioso! Vosotros miráis el grabado y qué véis... Un elefante y un cocodrilo ¿no? Bueno, pues además hay escondidos una vaca, un mono, una gallina, una paloma, un gallo, dos conejos, un perro, un caballo y un pato. ¿Dónde están?

LAS HOJAS



Hay que trazar tres líneas rectas de forma que cada línea atraviese tres hojas distintas por los puntos que tienen al final del rabo.

LOS HUEVOS



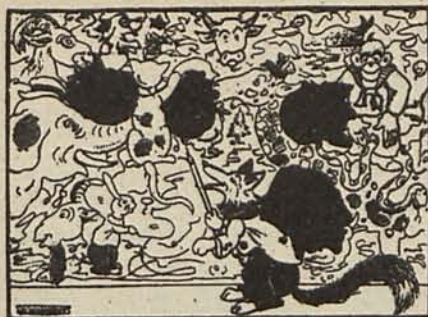
Hay que unir a cada animal con sus huevos respectivos por medio de líneas que no sean rectas y que nunca se puedan cruzar.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

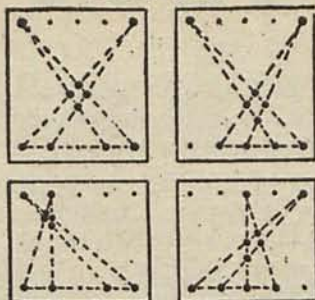
NUMEROS 190, 191, 192 Y 193

UNA AVENTURA

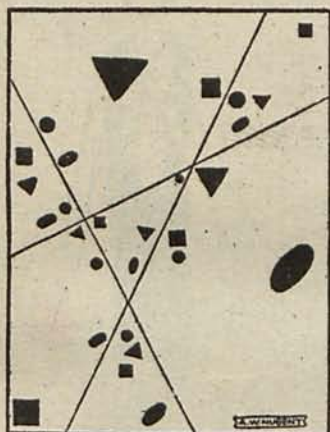
MESA REVUELTA



PROBLEMA



FIGURAS GEOMÉTRICAS



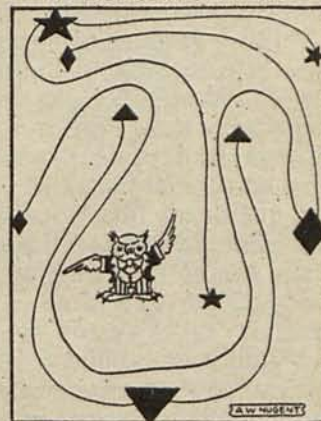
DIBUJO CON ERRORES

1.—Les falta el eje a las ruedas traseras. 2.—No tiene botón el zapato de la niña. 3.—Los botones de una de las piernas del niño están mal colocados. 4.—La otra pierna es de distinto corte. 5.—Uno de los botones de la blusa es negro.

EL BULL-DOG RABIOSO



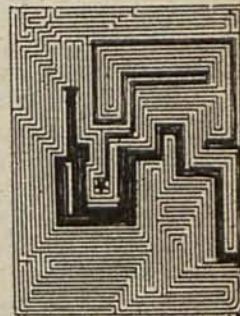
EL BUHO INGENIERO



EL ZORRO MATEMÁTICO



LABERINTO



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja»

- Primer premio :** Oscar Fonvielle.
- Segundo premio:** Eliseo Ramos.
- Tercer premio :** Vicenta Martín.
- Cuarto premio :** José M.^a Wagener.
- Quinto premio :** Adolfo Mediavilla.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Demetrio González, Aurelio Loygorri, Matias Menchero, Luisa Fábregas, José Luis Requena, Federico Galindo, Ramón Pastrana, María Huerta, Segundo Colvia, Ramiro Santolín, Gertrudis Argete, Ramón de la Cueva.

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE JULIO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Acentos. . .** { **Primer premio :** Araceli Casajín.
- Segundo premio:** Manolo Figueroa.
- Dibujos. . .** { **Primer premio :** Luisito Sanz.
- Segundo premio:** Antonio Esquivias.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Enrique Alpañés, Guillermo Barrera, Fernando Bernaldez, Carmen García, Leandro Sechí, Víctor José Gil, Enriqueta Eguen, Luquitas Sanz, Manolito de la Vega, Alfonso Robrisa, Regina R. Girón, P. Ortega, Inés Jaraquemada.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accesit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA... DECORADORA.—*El botijo de Carmina.*—Carmina contempla tristemente un botijito de barro; este botijo es un recuerdo verbenero.

El verano último, sus papás llevaron a Carmina a «su» verbena, o sea a la del Carmen. Carmina se divirtió mucho; en el tío vivo, montó fieramente un simpático cochinillo de color sonrosado y cola en forma de tirabuzón; se perdió en el laberinto; se retrató «de aviador» volando de tirabuzón; se perdió en el laberinto; se retrató «de aviador» volando de tirabuzón; se perdió en el laberinto; se retrató «de aviador» volando de tirabuzón.

Comió avellanas, almendras y churros, metió una moneda de diez céntimos en una ranura que había en una casita, y al punto apareció una muñequita rubia que le presentó, sobre una bandeja, una soberbia sortija de plomo. En fin, hizo grandes compras: una mariposilla deslumbradora sujeta a una horquilla que se clavó en el pelo; un alto gorro de papel rojo; y, sobre todo, este botijito, que le ha proporcionado agua fresca todo el verano y que hoy contempla con tanta pena. ¿Por qué? Pues porque piensa que ahora ya no es tiempo de utilizarlo; ni tiempo de calor, ni de diversiones al aire libre, ni de vacaciones ni de verbenas.

Ya no es verano; hace frío y hay domingos lluviosos y tristes, como éste precisamente, qué tienen bien poco de agradables.

Pero Carmina, afortunadamente para ella y para los que la rodean, no puede estar triste mucho rato; de pronto se le ocurren cosas risueñas, su rostro se ilumina y piensa: «¿Cómo que ya no es verano? ¡Si lo que pasa es todo lo contrario! Y es que «todavía» no es verano, lo será muy pronto y entonces volveré a ir a «mi» verbena y a utilizar mi botijito.»

Pero hay una manera de utilizar el botijo que puede ser inmediata; precisamente en este domingo lluvioso el botijo le va a servir para divertirse de lo lindo y para realizar toda una obra maestra de arte decorativo.

¡Naturalmente! ¿Cómo va a consentir una perfecta Pirulinda tener un botijo tan soso como es este de barro de un tono amarillento, uniforme? ¡A pintarlo enseguida! A convertirlo en un cacharro originalísimo y alegre.

Encantada con su idea, Carmina pone manos a la obra; pero antes de nada tiene la precaución de ponerse un delantal, así debe hacerse siempre que haya de andarse con materias susceptibles de manchar, que proteja su vestido. Y hace doblemente bien, pues este vestido que lleva es monísimo como podéis ver en el adjunto grabado que representa a Carmina minutos antes de ponerse el delantal. Es un trajecito de sarga azul marino abierto sobre una media-blusa de tursor crudo que tiene la pechera plisada; el adorno consiste en una hebilla de cinturón blanca, y en una ancha corbata de tursor con pintitas azules. Es un traje sencillo, de diario, propio para ir a clase, pero es gracioso y hubiera sido una pena mancharlo ¿verdad?

Ahora ya, Carmina se dedica a pintar su botijo. Le ha resultado tan bonito con sus dibujos geométricos; amarillos y azules, que os aconsejo sigáis su ejemplo y pintéis también algún botijo o cualquier otro cacharro ordinario de barro que mamá quiera confiar a vuestros talentos artísticos. Os presento unos cuantos modelos diferentes de dibujos propios para el caso. Pueden reproducirse con diversas combinaciones de color; por ejemplo en rojo y negro, o en negro y amarillo, o en verde y morado, o en morado y naranja.

También pueden hacerse sobre un fondo oscuro, dibujos dorados con un poco de purpurina.

